

EDITORIAL

El respeto al trabajo ajeno

En nuestra sociedad el trabajo suele devaluarse o mal retribuirse y a veces hasta degradarse, como norma apuntalada por la ley, la costumbre y la inconciencia. Por eso, no es raro que en otros planos al margen de la producción de mercancías el esfuerzo de los demás sea igualmente rapiñado. La historia no es una excepción.

El oficio de historiar no se rige por un código escrito de conducta obligatorio ni exige juramentos como requisito de ingreso ¡afortunadamente! Sin embargo, de la práctica de la profesión ha surgido una ética del historiador más estricta que los compromisos escritos y los votos orales. En particular, demanda de los practicantes el respeto al trabajo ajeno que precede al propio y al destinatario de los frutos de la investigación.

Ninguna obra de historia es autosuficiente ni existe en el vacío. Es, por el contrario, el resultado de muchos trabajos previos, de modelos prestados y de apropiaciones legítimas de conceptos, juicios e informaciones desenterradas y depuradas por otros. Estas son el sedimento donde germinan las semillas de nuevas visiones del pasado. El fin de destacarlas en las notas al calce es vocear las deudas con los historiadores y las fuentes; además, busca invitar a la corroboración de la evidencia manejada y a reconocer las aportaciones previas de otros miembros de la comunidad intelectual.

En la escala de valores de los trabajadores nada es más abominable que un rompehuelgas y en la de los historiadores el plagiarlo es igualmente denostado. El historiador que oculta la procedencia de los documentos para que otros no sigan su sendero luminoso y no invadan su coto cerrado, o el que hace pasar como propias las conclusiones del prójimo, estafa al lector y piratea los frutos del trabajo del vecino. Claro está, la impostura no cabalga desnuda; más bien se oculta en medio de datos reales, ideas propias y juicios y referencias saqueadas. Este engaño asume múltiples disfraces que van del más tosco fusilamiento literal hasta el maquillaje de informaciones, fuentes y juicios abstraídos de obras anteriores sin reconocer sus orígenes.

La búsqueda del reconocimiento público instantáneo, la presión de la competencia feroz y la sempiterna haraganería incitan a menudo a algunos

historiadores, de todas las edades, a raptar las historias disponibles. Al “imitar fraudulentamente” traicionan la honestidad intelectual más elemental y se exponen a ser irradiados de la profesión por la comisión de uno de los delitos más despreciables.

En fin, toda obra de historia es una mezcla de información, creación, crítica y homenaje a los que nos precedieron. El historiador supera el conocimiento existente mediante la crítica de lo establecido sin hacer escabechina de los que abren caminos. A la vez penetra las zonas vedadas y madura las ideas adelantadas por otros agremiados. Al hacerlo aspira a la mayor autenticidad y al cumplimiento de la meta primordial del trabajo intelectual: el mejoramiento y el enaltecimiento del ser humano, sin trucos ni falsificaciones.